

...a ser únicamente el Prelado que con el debido proceso le manda dar  
su opinión sobre la materia. En él no debe tenerse en cuenta  
el mérito de los hechos, sino el de las personas que en ellos  
intervienen. La responsabilidad de la formación de la causa  
recae únicamente sobre los jueces, sin que el Prelado pueda  
y coarta la voluntad del actor, tan claramente manifiesta  
en un documento que debe haber quedado en el archivo.



# PANEGÍRICO

DE SAN FELIPE DE JESÚS, PREDICADO EL 5 DE FEBRERO DE 1897,  
EN LA INAUGURACIÓN DEL TEMPLO QUE AL PROTOMÁRTIR  
MEXICANO CONSAGRA SU CIUDAD NATAL, EL  
TERCER ANIVERSARIO SECULAR  
DE SU MARTIRIO.







ta nuestra velocidad que no nos alcanzaran los efectos de lo que suele denominarse el *anticiclón*. Se encrespaban las olas, silbaba el viento, y mientras, por una parte, ofrecía yo á Felipe de Jesús, si me salvaba del peligro, honrarlo de una manera especial en el próximo centenario de su martirio, por otra parte me transportaba mi pensamiento á aquel galeón de imperecedera memoria, que por los mismos mares condujera al santo hace trescientos años á las mismas costas adonde yo me dirigía. Á su bordo quiero también conducirnos antes de entrar de lleno en la brillante epopeya que me toca por dicha narraros este día venturoso.

No os imaginéis ver en él el trasunto de los colosales vapores que hoy surcan el Océano. Aunque una maravilla para aquella época, es comparativamente pequeño, y ostenta no pocos defectos de construcción que lo hacen inseguro en las tempestades. Apenas alcanza noventa pies de largo, y su palo mayor es de igual medida. Á pesar de las críticas que ya empiezan á manifestarse entre los arquitectos navales, todavía sobresalen los enormes castillos de popa y de proa; y ese declive que se ha empezado á poner en las naves mercantes destinadas á las Indias, para que las olas al lavarlas pierdan algo de su ímpetu, no ha podido dársele á su casco por razón de la pesada y numerosa artillería que lo guarnece. Su armazón (ó costillar si me es lícito servirme del término técnico) es muy gruesa, y los medios de manejar el timón aún parecen rudimentarios.

Zarpó del puerto de Cavite, en las islas Filipinas, el 12 de Julio de 1596 con dirección á Acapulco; y aunque hoy estamos á 18 de Septiembre, lejos de hallarse cer-

ca de las costas de México, se encuentra á los 33° de latitud, y el huracán lo va impeliendo constantemente hacia el Noroeste. Casi desde su salida lo han agitado las tormentas, y desviado de su rumbo vientos contrarios; pero esta noche la tempestad ha llegado á su colmo, y aunque experto marino, su Comandante D. Matías Landecho desespera de su salvación. Las velas están hechas girones, las entenas flotan en el mar, ha sido preciso derribar los mástiles, y las bombas trabajan sin cesar, pero inútilmente. Para colmo de desdichas una ola de fuerza irresistible hace pedazos el timón, y llega uno de esos momentos en que hasta los más desalmados marinos, perdida la última esperanza, ponen su confianza tan sólo en Dios.

Oficiales, soldados, tripulantes y pasajeros se postran sobre cubierta, y gritan á una voz como Pedro en el Lago de Tiberiades: *Domine, salva nos, perimus*. Entre los últimos se encuentran dos Religiosos Agustinos, un Dominicano y dos Franciscanos. De éstos, el más joven permanece de rodillas asido fuertemente á uno de los rotos árboles, con la vista fija en el cielo y absorto en profunda oración. Á la luz de los frecuentes relámpagos podría descubrirse su rostro varonil en que se notan las huellas, no sólo de recientes privaciones sino de largas penitencias, y se observa esa finura de lineamentos, esa mirada ardiente, esa nariz romana, esa tez tostada por el sol, peculiares á la raza española modificada en el Nuevo Mundo. Su compañero, mayor en edad, y que se llama Fray Juan de Zamora, ha hablado frecuentemente de la austeridad de aquel joven, los cinco años que ha pasado en Manila, en la religión Franciscana.



Allí tomó el hábito el 20 de Mayo de 1591, allí hizo sus votos, y no contento con las penitencias prescritas por las reglas, se ha entregado á mayores austeridades, y ha acostumbrado todos los días confesar sus culpas pasadas ante la familia Seráfica. Nombrado enfermero, con los moribundos y dolientes ha practicado tales actos de caridad y de abnegación, como apenas se narran de los santos más insignes, y esto no sólo una que otra ocasión, sino durante años enteros.

Por el contrario, los primeros días de la navegación, en que el mar, aún tranquilo, dejaba lugar para chanzas y vanas conversaciones, los soldados decidores se lo señalaban con el dedo, y se narraban unos á otros la historia del joven Franciscano con poco lisonjeras palabras. Es hijo de Alonso de las Casas (decían), rico español de la Ciudad de México, y tiene una madre muy santa, que de Illescas vino á la Nueva España, donde nació este mozo. No es la primera vez que viste el uniforme Seráfico. Ya antes fué novicio en la Puebla de los Ángeles; pero á los pocos meses colgó los hábitos y volvió al libertinaje que lo había distinguido. Por castigo lo mandaron sus padres á China, donde no pocos lo hemos visto llevando la vida de comerciante alegre. Dicen que va á México á recibir las órdenes sagradas y á consolar á su piadosa madre. Veremos si ahora da pruebas de mayor constancia.

Tal pintan los pasajeros y marinos del galeón *San Felipe*, al joven Fray Felipe de las Casas, á quien miramos sobre el puente, absorto al parecer en éxtasis profundo. El mar se ha calmado algún tanto, y desgarrándose un poco los gruesos nubarrones, dejan ver las dos

Osas, y muy particularmente la Estrella polar, resplandeciente más que nunca. Hacia ese rumbo tiene fijos los ojos el Franciscano, y después de media hora de silenciosa oración, se levanta majestuoso, y señalando hacia el Suroeste de la Osa Mayor, "mirad, exclama con voz profética, mirad: no perecerá nuestra nave; muy pronto arribaremos felizmente á las costas del Japón."

*Milagro, milagro*, exclaman en coro los navegantes, al ver por primera vez el prodigio que Fray Felipe ha estado contemplando hace media hora, y cuyo significado le da á conocer el Señor, como en otro tiempo á los Magos el de la estrella misteriosa, por celestial inspiración. Es una cruz, una inmensa cruz mucho mayor que la constelación que apellidamos la Cruz del Sur: una cruz cuyo brillo pálido y apacible semeja al de la estrella de Venus; pero que después aparece roja, color de sangre, tal como hemos admirado al planeta Marte el último Diciembre, circundada de refulgente aureola y después envuelta en nube negra. Es una cruz, pero no como la de Jesucristo que estamos habituados á ver. Además de los brazos de costumbre, hay hacia los pies otro atravesado, y una pequeña protuberancia en el centro, todo perfectamente dibujado sobre el azul del límpido cielo.

Pasajeros y marinos se regocijan con la celeste visión. Se construye á toda prisa una tabla que supla al timón; se remiendan las velas que aún no ha arrebatado el viento; se tapan los incontables agujeros, y se endereza la proa, no ya á la Nueva España, sino al rumbo que les señala la Providencia. Aún les faltan treinta y dos días de navegación tormentosa; pero caminan alegres en medio de las borrascas, y al llegar el 20 de Octubre á un



puerto de Tosa entonan himnos de gracias á Dios Salvador.

Caminan alegres, sí; pero más que todos Felipe de Jesús de las Casas, á quien Dios ha revelado sus altos destinos. Sabe que le espera el martirio sobre una cruz semejante á la que ha visto en el cielo: el martirio, recompensa suprema á que aspiramos cuantos corremos en el estadio de la vida, pero que á muy pocos concede el Señor: el martirio que han buscado afanosos Francisco Javier y sus compañeros en religión y trabajos Apostólicos, pero que Dios en sus altos designios les ha negado para darlo á Felipe de Jesús, que no lo busca, y á unos cuantos compañeros llegados ayer. *Omnes quidem currunt, sed unus accipit bravium.*

Narraros las peripecias de ese glorioso martirio, es lo que me propongo en mi discurso, menos breve que de ordinario. No me neguéis vuestra benévola atención. Es tan interesante la historia y tan brillante á pesar de los puntos negros que no dejaron de ofuscarla, que la sublimidad del asunto suplirá á mis deficiencias. Además, si la Virgen Santísima nunca me ha rehusado su ayuda, con mayor razón espero que me asista en este memorable centenario. Invocadla conmigo, saludándola con las dulces palabras del Ángel.

AVE MARÍA.

## I

No hay comarca del extremo Oriente cuyo nombre sea tan conocido en México como el Japón. El único santo nacido en nuestra patria que haya merecido los honores de la apoteosis que Roma tributa á los héroes cristianos, fué á buscar el martirio á aquellas remotas islas; y esto las ha hecho populares no sólo entre los doctos y literatos, entre los comerciantes y viajeros, entre los geógrafos y astrónomos, sino también entre la indoculta plebe y los más humildes indígenas.

Hasta hace algunos años la jaculatoria *válgame los santos mártires del Japón*, era tan común entre nosotros como las invocaciones á Santiago ó San Jorge en España y en Inglaterra; y aun los niños repetían la historia de la crucifixión de San Felipe de Jesús y de sus veinticinco compañeros. ¿Quién no recuerda la pintoresca procesión que el 5 de Febrero de cada año salía de la contigua iglesia de San Francisco y recorría las principales calles de la Capital? Aún me parece ver la imagen del joven Felipe de las Casas, representado primero como seglar, luego como novicio del orden Seráfico, después navegando en el famoso galeón, y por último, crucificado en la colina de Nangasaki y atravesado por tres lanzas. Su memoria, algún tanto borrada por las vicisitudes de los tiempos, ha revivido desde que emprendedor



y generoso sacerdote empezó á edificar esta suntuosa basílica, y hoy nos permite el cielo ser los pregoneros de sus glorias al consagrársele su magnífico templo y altar, en el tercer aniversario secular del inolvidable martirio.

¿Qué cosa es el Japón? ¿Cuál es su historia? Preguntas son estas á que es preciso responder, aunque en breves palabras.

Consta el Japón de un grupo de islas, situadas allá en la extremidad Noroeste del Océano Pacífico, cerca de la costa oriental del continente Asiático. Se hallan entre los paralelos 54 y 24 de latitud Norte, y entre los meridianos 156 y 122 al Este de Greenwich. El Archipiélago comprende cuarenta islas grandes y una multitud de isletas, cuyo número se hace subir á ocho mil. Á éstas hay que añadir la grande isla de Formosa, con las adyacentes, cedidas al Japón por la China después de la última guerra. La isla mayor está en el centro, y es lo que podemos llamar *tierra firme*: en ella se encuentran la Capital y otras importantes ciudades, que tendré que mencionar en mi discurso. Al Sur está Kiushu (ó sea las Nueve Provincias) que después de aquélla, es la primera por su extensión y el número de sus habitantes y que contiene la bahía y ciudad de Nangasaki, célebres en la historia de la Iglesia, y regadas casi tanto como Roma, con la sangre de incontables mártires. La población total (sin comprender las nuevas adquisiciones, pasa de 40.000,000 en un territorio de 147,063 millas inglesas, siendo la proporción de 271 habitantes por milla cuadrada.

Con respecto á su historia, no os pese oír ante todo á

un escritor japonés (Kuwasaburo): “El Imperio Japoníco tiene un origen muy diverso del de los demás Estados. Nada debe á la agresión ni á la conquista, y está fundado únicamente en la lealtad y obediencia que su pueblo profesa á las virtudes y autoridad de una línea no interrumpida de ilustres soberanos. Desde que Amateratsu—Omikami hizo á Ninigi—no—mikoto bajar de los cielos, y sujetar á su dominio á Okuninushi—no—mikoto y los otros vástagos de los númenes en la tierra, los descendientes de las deidades se han sentado sucesivamente en el trono de generación en generación.

“No se ha visto siempre el país libre de las vicisitudes de rebeliones ó motines; pero nunca ha habido un solo súbdito del reino que haya pretendido menguar el prestigio imperial. Descendiente en línea recta de las deidades celestiales, el Emperador ha permanecido intacto é inviolable en su altísimo solio á través de las generaciones, y su prestigio y dignidad han sido inmutables desde tiempo inmemorial, é independientes de las vicisitudes del mundo que se agitaba en derredor.”

Quando Nuestro Señor Jesucristo vivió entre nosotros en carne mortal, hacía 660 años que reinaba esta dinastía. Cayó el Imperio Romano, y aún permanecía firme en el solio. Invadieron á España los Sarracenos; cayeron y se levantaron reyes moros y cristianos, y después de ocho siglos de luchas se derribó el pabellón de la Media Luna de las torres de Granada, y entretanto los descendientes del primer Mikado se sucedían unos á otros en el poder sin dificultades ni guerras. Conquistaron los españoles nuestra América, plantaron los portugueses



en las Indias su victoriosa bandera, y la dinastía japonesa conservaba su prestigio y su poderío, sin aumento ni mengua; y así la encontró la primera nave de Portugal que, á mediados del siglo XVI, se atrevió á arribar á tan remotas playas, con el célebre Méndez Pinto.

En tan larga serie de soberanos no era posible que fuesen iguales en todos el talento, el espíritu militar, el dón de gobierno. Llegó necesariamente el momento en que, á semejanza de D. Juan II, de Felipe IV ó de Carlos IV, necesitaron de un Álvaro de Luna, de un Conde-Duque de Olivares, de un Príncipe de la Paz, que los aliviaran del peso del gobierno. Pero en el Japón no fué transitorio como en éstos el poder de los favoritos. El primero que lo compartió con el Mikado quiso que su cargo se transmitiera á sus descendientes, y lo consiguió de tal suerte que, durante siete siglos, al lado del Emperador gobernaba el *Shogún* ó generalísimo, ejerciendo un mando tan absoluto, que se formó en el extranjero la idea totalmente errónea de que en el Japón había dos Emperadores.

En esta segunda dinastía de *Shogúns* tuvo que suceder como con la línea de los *Mikados*. No todos eran de igual capacidad, y una que otra vez tuvieron que ceder gran parte de su poder á una tercera persona, que á los ojos del extranjero aparecía como el verdadero soberano. Tal acaeció, y precisamente en la época de la llegada de los portugueses, con Nobunanga, á quien pudiera nombrarse como al célebre Conde de Warwick en Inglaterra, el Hacedor de Reyes. Sin serlo él mismo, hizo y deshizo *Shogúns*, y gobernó en realidad en lugar de éstos y los Emperadores. Á él se debió en gran par-

te la introducción del cristianismo, y después de su trágica muerte heredó el poder su más célebre general, Hideyoshi. Éste lo acrecentó, y después de llevar la guerra á la Corea, aspiró á la soberanía real y efectiva de toda la China y del Archipiélago Filipino. Sus grandes victorias y su pericia le valieron, como á Gonzalo de Córdoba, el glorioso renombre de *El Gran Capitán*, ó sea *Taiko-Sama*; y con este apelativo se ha hecho tristemente famoso en la historia de los perseguidores de la Iglesia, habiendo tomado los extranjeros el título por el nombre propio, y dándole erróneamente el dictado de Emperador. Y erran igualmente al llamar *reyes* á los señores feudales de Bungo, de Firando y otras provincias, como á menudo leemos en las historias de San Francisco Javier, ó de los santos mártires que hoy celebramos. No es cierto que hubiera en el Japón muchos reinos. Lo que había era una nobleza poderosa, como lo fué por mucho tiempo la de Castilla y Aragón, y un sistema feudal muy semejante al que en Alemania constituyó á los Barones en verdaderos soberanos, con tierras y castillos, y vasallos y ejércitos.

Con un monarca que reclamaba por abuelo nada menos que al Sol; con una patria que se creía de origen divino, natural era que profesara el pueblo japonés una religión suya propia, y que desechara todo culto extranjero. Tal era la religión llamada hasta hoy día *Shintoísmo*, que por una parte halaga la vanidad nacional y por otra es bien fácil en su observancia, no ordenando determinadas prácticas rituales, ni exigiendo nada que implique el menor sacrificio.

No obstante, en el siglo VI la Religión de Buda fué